

Encuentro de Bogotá (1-3.XII.2017)

LAS PRIORIDADES Y DESAFÍOS DE LA POLÍTICA
A LA LUZ DEL MAGISTERIO DEL PAPA FRANCISCO
Y DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

DOS PREMISAS

Sobre las prioridades, desafíos y tareas de la política en la actual situación latinoamericana, Ustedes, dirigentes políticos, son los expertos en materia, es decir, los que por la propia experiencia son especialmente competentes al respecto. Yo me propongo sólo afrontar este campo temático a la luz del Magisterio del papa Francisco y del episcopado latinoamericano. Ésta es la perspectiva con la que afronto la cuestión. ¿Qué dicen, qué enseñan, qué proponen el Papa y los Obispos para la gestión de la cosa pública en América Latina? ¿Y qué dicen y qué recomiendan a los políticos y especialmente a los católicos que se desempeñan en importantes responsabilidades políticas?

Planteo dos premisas a mi intervención.

La primera que deseo destacar es que la consideración de las prioridades, desafíos y tareas de la política por parte del Magisterio de la Iglesia se da desde una inteligencia cristiana de la realidad y una mirada pastoral. Sabemos todos sobre la importancia de las perspectivas económicas, sociológicas, culturales y de sabiduría política para afrontar el examen de la realidad, pero no podemos poner a Dios entre paréntesis en esa tarea. Si Dios es lo más real de la realidad, en quien todo consiste y subsiste, y la encarnación de su Hijo y su dinamismo pascual el acontecimiento más radical y decisivo de la historia humana, entonces la

inteligencia cristiana de la realidad ha de ser como la visión más profunda y sintética en la que se conjugan todos los saberes y experiencias. Esa inteligencia cristiana de la realidad es la que nos puede salvar de prejuicios, ideologías, intereses personales, visiones parciales. En el Concilio Vaticano II se habló de la lectura cristiana de “los signos de los tiempos” y así lo hace también el documento de Aparecida, n. 33, cuando afirma que “como discípulos de Jesucristo nos sentimos interpelados a discernir los ‘signos de los tiempos’ a la luz del Espíritu Santo para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y para ‘que la tengan en plenitud’ (Jn. 10,10)”. Esta mirada cristiana se conjuga con una mirada pastoral, la mirada de los Pastores que se proponen guiar a su pueblo en medio de las circunstancias y coyunturas de dicha realidad.

La segunda premisa, compenetrada con la primera, es que no podemos dejar de tener muy presente que somos discípulos y testigos de Jesucristo en la vida de la Iglesia y de nuestros naciones, hoy bajo las muy profundas implicaciones, significados y repercusiones del pontificado del papa Francisco, el primer sucesor de Pedro que viene de América Latina. Este acontecimiento suscita en nuestros pueblos mucha empatía, alegría y esperanza. La Providencia de Dios ha puesto así a nuestras Iglesias, pueblos y naciones en una situación muy singular. La atención al testimonio y magisterio del Papa Francisco tiene que resultar de suma importancia para el compromiso de los católicos en la vida política. Y no hay que olvidar que fue el entonces Cardenal Jorge Mario Bergoglio el jefe de redacción del documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, texto fundamental de sus orientaciones pastorales. Si ello es muy importante para los católicos, se puede señalar también que la política “tout court” se ha interesado sobremanera del actual pontificado, como lo demuestran las muy numerosas visitas de jefes de Estado y de gobierno de los países

latinoamericanos a la Santa Sede, así como de muchas otras personalidades públicas de nuestro sub-continente.

UN CAMBIO DE ÉPOCA

Desde tales premisas, comienzo por señalar que el papa Francisco ha repetido a menudo que más que en una época de cambios hemos entrado en un “cambio de época” (cfr. Aparecida, 33 y ss.). El mundo entero parece abocado a una convulsa y muy ardua transición epocal. ¿Quién no puede reconocer esto después del derrumbe de los regímenes totalitarios del mesianismo ateo, de la conclusión del mundo bi-polar, de la impresionante aceleración de las innovaciones tecnológicas, del despliegue de la globalización con toda su carga de ambivalencias, de un cambio cultural marcado por tendencias relativistas e individualistas que toca todas las dimensiones de la vida de las personas, familias, pueblos y naciones? El desmoronamiento de las narraciones ideológicas – primero del marxismo leninismo y, después de un breve resurgimiento, de la utopía liberal-capitalista de la auto-regulación del mercado – dejó obsoletos a muchos marcos mentales de juicio histórico e incrementó las dificultades para darse parámetros y criterios para juzgar y orientar la política en nuestro tiempo, a menudo reducida al ámbito de la lucha cotidiana por el poder, del pragmatismo cortoplacista, si no de la confusión.

La Iglesia sigue proponiendo el patrimonio de sus enseñanzas sociales como principios fundamentales de orientación:

- la custodia y salvaguarda de la dignidad trascendente de la persona, hecho a imagen de Dios y redimido por su sangre, jamás reducida a cosa, número, instrumento, mano de obra, productor o consumidor, ni siquiera mero ciudadano bajo la administración del Estado;

- la promoción de un desarrollo integral, sustentable y solidario de todo el hombre y de todos los hombres;
- la globalización de la caridad y solidaridad, con especial referencia a los pobres, vulnerables y excluidos, contra la enorme burbuja de la indiferencia y del egoísmo;
- la realización de la fraternidad como principio regulador del orden económico;
- el despliegue de la subsidiariedad como participación libre y responsable desde las bases de una sociedad democrática;
- la destinación común de los bienes de la tierra;
- y el cuidado de la casa común, en una ecología natural y humana de convivencia.

Tal es la “dimensión social de la evangelización” de la que el papa Francisco habla en su Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium” (cap. IV) y que desarrolla en todo su pontificado.

Sin embargo, el magisterio del papa Francisco y del Episcopado latinoamericano – sobre todo en sus conferencias generales de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida – ofrecen aún criterios más concretos de lectura de la realidad latinoamericana, que no pueden ser ignorados por quienes quieren el bien de sus pueblos y naciones.

LA PERTENENCIA A AMÉRICA LATINA

La primera cosa que asombra al respecto es un sentido de pertenencia a esa “originalidad histórico-cultural que llamamos América Latina”, fruto del “Evangelio encarnado en nuestros pueblos”, cuya identidad “se simboliza luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe” (Puebla, 446). “La dignidad de reconocernos como una familia de

latinoamericanos y caribeños – escribieron los Obispos en Aparecida – implica una experiencia singular de proximidad, fraternidad y solidaridad. No somos un mero continente, apenas un hecho geográfico con un mosaico ininteligible de contenidos. Tampoco somos una suma de pueblos y de etnias que se yuxtaponen. Una y plural, América Latina es la casa común, la gran patria de hermanos *de unos pueblos* – como afirmó San Juan Pablo II en Santo Domingo – *a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia*” (n. 525). Por eso mismo, cuando el papa Francisco recibe a los Jefes de Estados de nuestros países hace frecuente alusión a la “Patria Grande”, expresando una tradición que viene de nuestros próceres, especialmente de Simón Bolívar que soñaba con la construcción de una “gran Nación” como “confederación americana”.

La variedad de regiones, gentes y culturas en América Latina es una riqueza evidente, pero lo que importa especialmente es que esa diversidad pueda converger en la síntesis de un “destino histórico común” (Aparecida, 43). Es la armonía de un poliedro, como le gusta decir al papa Francisco: una sola figura con líneas muy diversas entre ellas que la componen en única integración. Es como si la Iglesia nos invitara a vivir muy arraigados y llenos de afecto en nuestras patrias nativas pero con la perspectiva de América Latina, sin dejarnos caer en las tentaciones del aislamiento, de un nacionalismo estrecho, de un camino que sólo lleva a soberbias impotencias.

Hay, por razones de historia, de substrato cultural y de religiosidad popular, como una alianza entre la Iglesia y América Latina. Incluso se puede afirmar que el debilitamiento de la fe católica es tremenda pérdida y grave empobrecimiento en la vida de nuestros pueblos. Perdida la conciencia de filiación de un Padre común, se desfondan experiencias e ideales de fraternidad. La esperanza se vuelve incertidumbre e inseguridad. Prevalecen entonces los ídolos del poder, del dinero, del

placer efímero, que son raíces de esclavitudes y opresiones. Crecen las violencias por doquier. Esfumada nuestra originalidad histórico-cultural, arriesgamos quedar arrollados y asimilados por la uniformidad de una globalización unidimensional, tecnocrática, relativista y libertina. ¿Qué bicentenario de independencia estamos conmemorando si no la cimentamos y proyectamos en una fuerte identidad, fuente de independencia espiritual, que define el propio perfil y protagonismo históricos?

POR LA INTEGRACIÓN Y LA UNIDAD

De allí se deduce un segundo punto importante: la Iglesia católica brega por la integración de América Latina. Mucho se ha avanzado en las últimas décadas y ha sido fundamental entrelazar la comunicación y solidaridad entre el mundo hispano-americano y el mundo luso-americano. Sin embargo, los procesos de integración parecen actualmente bastante empantanados. La referencia a América Latina no puede quedar en mera retórica. Es muy frágil la integración – escribieron los Obispos en Aparecida – cuando se reduce a cuestión de cúpulas políticas y económicas y no arraiga en la vida y participación de los pueblos (...) (n. 528), sin fuertes movimientos de juventud que la proyecten.

Sabemos que esa integración procede efectivamente cuando se alimentan las convergencias políticas y se dan contenidos proyectuales a las instituciones regionales, cuando se articulan las cadenas productivas, financieras y comerciales en una creciente cooperación económica, cuando se construyen redes de comunicación física, energética y mediática, cuando crecen los intercambios educativos y culturales, cuando se supera el descoyuntamiento continental por vía de corredores bioceánicos entre el Atlántico y el Pacífico y por colaboraciones más

estrechas entre el Mercosur y la Alianza para el Pacífico...Para todo esto y mucho más aún, se necesitan liderazgos y voluntades políticas más clarividentes y determinadas, junto con la participación de las fuerzas sociales e instituciones culturales y religiosas.

Mi recordado maestro y amigo, Alberto Methol Ferré, tan apreciado también por el papa Francisco, nos advertía que habíamos entrado de lleno en una nueva era de los “Estados continentales”: primero lo fue Estados Unidos de América, luego la Unión Soviética y ahora lo intenta serlo la Rusia de Putin; también lo es la Unión Europea con riesgos de disgregación, mientras emergen como “estados continentales” la China y la India...¿Por qué no América Latina? Lo que en Bolívar fue utopía hoy es exigencia y necesidad imperiosas, si no se quiere seguir en la retaguardia de la historia.

LA LUCHA POR LA INCLUSIÓN Y LA EQUIDAD

Pero demos un tercer paso adelante. El episcopado latinoamericano en Aparecida – en ese documento fundamental para la misión de la Iglesia en América Latina hoy, cuyo Presidente de su comité de redacción fue el entonces cardenal Jorge Mario Bergoglio – destacó que “no hay por cierto otra región que cuente con tantos factores de unidad como América Latina (...), pero se trata de una unidad desgarrada porque atravesada por profundas dominaciones y contradicciones, todavía incapaz de incorporar en sí ‘a todas las sangres’ y de superar la brecha de estridentes desigualdades y marginaciones (...) En efecto, es una contradicción dolorosa que el Continente del mayor número de católicos sea también el de mayor inequidad social” (n. 527).

El Papa Francisco marca a fuego la idolatría del dinero y la “dictadura de la economía sin rostro y sin un objetivo verdaderamente humano” (E.G. n. 55) como la causa última de la tremenda falta de equidad, en una

pirámide social que ve el acumularse de riquezas inmensas en su cúspide y en su base a multitudes de excluidos, sobrantes y descartados. El papa Francisco es muy duro cuando dice tajantemente, y lo repite, un “no a una economía de la exclusión y de la inequidad” (E.G. n. 53). Éste es un problema capital de justicia, de modelo de desarrollo. Es también un pecado que clama al cielo.

Si bien es cierto que en la pasada década de “vacas gordas”, fueron más de 40 millones de latinoamericanos los que superaron el umbral de la pobreza, incorporándose al mercado de trabajo y del consumo, así como a los servicios de escolaridad y salud públicas – conquista por cierto muy importante -, no se logró imprimir dinamismos más eficaces de equidad social. Quedan nada menos que alrededor de 170 millones de latinoamericanos bajo el umbral de la pobreza y unos 70 millones en condiciones de indigencia. Más aún, ahora en tiempos de “vacas flacas” se corre el riesgo inminente de incremento de la pobreza en muchos países de América Latina.

Por eso, la Iglesia invita a todos los católicos, a todos los latinoamericanos y especialmente a quienes son responsables de la casa común a tener bien presentes y cercanos los rostros de los pobres. Aparecida nos habla de esos rostros (nn. 407-430) y el papa Francisco nos los hace aún más cercanos e interpelantes en su incansable y coherente proximidad caritativa, solidaria y misericordiosa. Son los rostros de los excluidos en los vastos mundos de nuestras periferias urbanas desequilibradas, de los desempleados, de los ancianos y niños abandonados, de los discapacitados sin afectos ni cuidados, de las mujeres violentadas, del tendal de drogadictos, de los que sufren el hacinamiento violento en las cárceles, de las víctimas de la violencia criminal, de las discriminadas y marginadas comunidades indígenas expropiadas de tierras y cultura. En modo muy especial, el papa Francisco ha querido hacerse compañero del “via crucis” de tantos migrantes, y,

entre nosotros, no sólo de los que desde Centroamérica y México se dirigen a Estados Unidos, sino de los que peregrinan por toda nuestra América Latina.

Por eso, el papa Francisco ha movilizado a todas las comunidades cristianas en América Latina en sus obras de misericordia. Más aún: la modalidad de ir al encuentro de los más pobres con políticas eficaces y preferenciales que respeten y promuevan su dignidad, que respondan a sus necesidades básicas y que se planteen al menos como objetivo fundamental la eliminación de las causas y situaciones de pobreza extrema, es, según el magisterio del papa Francisco, la clave principal para juzgar a toda política. “Queremos llamar la atención de los gobiernos locales y naciones – se lee en el documento episcopal de Aparecida – para que diseñen políticas que favorezcan la atención de estos seres humanos, al igual que atiendan las causas que producen este flagelo que afecta a millones de personas en toda nuestra América Latina y el Caribe” (n. 408).

Quiero suponer que todos Ustedes han tenido muy en cuenta la significación de los encuentros que el papa Francisco ha tenido con los movimientos populares y la fuerza interpelante de sus discursos que pueden sintetizarse en el lema de “techo, tierra y trabajo” para todos, así como inclusión social, vida buena y una ecología integral de convivencia. No en vano es señal de esperanza el hecho de que muchos sectores populares hasta ayer excluidos del mercado y de la cosa pública ya no sean más “marginales”, resignados y silenciosos, sino que irruman en la escena de las naciones, con una carga que es al mismo tiempo de humillación, exasperación y esperanza de vida mejor. Baste pensar a las comunidades indígenas y a los numerosos movimientos populares convocados por el Papa. Bienvenida la valorización de “todas las sangres” y que se reconozca la debida dignidad y justicia a los que han sido los más humillados y explotados.

UN NECESARIO CRECIMIENTO CON EQUIDAD

Es obvio y urgente que para afrontar estas exigencias se requiere que América Latina logre desatar un crecimiento económico, tecnológico, industrial y productivo de no menos de un 5% anual, meta que no es imposible si las preciosas riquezas humanas y naturales de América Latina fueran aprovechadas, conjugadas y gobernadas con sabiduría. ¿Quién puede dudar que hay que operar una modernización de nuestras economías mediante la incorporación tecnológica y el incremento de la productividad, por un incremento consistente del valor agregado de nuestros productos gracias a un nuevo impulso industrializador, por la utilización racional de los recursos naturales en pos del bien común sin degenerar en explotaciones irracionales e incluso saqueos que atenten contra la ecología natural y humana de convivencia, por cadenas productivas entre países hermanos, por la gradual superación del dualismo estructural entre sectores de alto desarrollo junto con periferias miserables, por el aumento sin trabas del comercio intra-regional y la apertura de nuevos mercados, por el intercambio de capitales y la capacidad y seriedad de seguir atrayendo inversiones extranjeras reproductivas?

Sin embargo, nada justifica “la confianza burda e ingenua de quienes detentan el poder económico y los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante” – afirma el papa Francisco (E.G. n. 54) - que se expresa en la “teoría del derrame”, o sea, la confianza en que “todo crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social (...)”. “El crecimiento en equidad –prosigue el pontífice – exige algo más que el crecimiento económico, aunque lo supone” (E.G. 204). Exige “atacar las causas estructurales de la inequidad”, que es “la raíz de los males sociales” (E.G. 202) y freno al mismo crecimiento económico.

UNA CULTURA DEL ENCUENTRO

Todos hemos oído con cuanta insistencia, primero el Cardenal Bergoglio y ahora el papa Francisco, nos convoca a ser sujetos de una “cultura del encuentro” en la convivencia de nuestras naciones. El Papa no ignora los conflictos ni tampoco sus razones de ser, incluso su legitimidad y necesidad, pero busca suscitar las mayores convergencias populares y nacionales para afrontar las tamañas tareas y desafíos que América Latina tiene por delante.

Una cultura del encuentro comienza por reconocer la propia pertenencia a una tradición, a una sabiduría de vida, a un banco de trabajo compartido, a una patria, que son comunes a todos sus hijos y de la que todos sus hijos han de ser dignos partícipes. Ello implica combatir el virus de un individualismo que se propaga por doquier, suscitando y difundiendo una mentalidad de indiferencia hacia la vida y problemas de los prójimos y, a la vez, reforzando las tendencias que llevan al desfibramiento de los vínculos del tejido social y familiar. Sociedades de la des-vinculación se sufren entre los polos de la soledad de un individualismo egoísta y narcisista, por una parte, y de la masificación inducida, por otra. Son caminos que conducen a la descomposición. Se va perdiendo la experiencia y la conciencia de ser pueblo; quedan sólo individuos y masas, más manipulables por quienes detentan las palancas del poder y la comunicación. Por eso, para ayudar a crecer a las personas en libertad y responsabilidad, en todas sus dimensiones de vida, así como rehacer los tejidos sociales de los pueblos y naciones, hay que tener bien presentes cinco bases fundamentales de la convivencia: la familia, la educación, el trabajo, la seguridad y la política.

LA CÉLULA FUNDAMENTAL DEL CUERPO SOCIAL

Se requiere, en primer lugar, recuperar, volver a fundamentar y proponer el verdadero sentido del matrimonio y de la familia, como célula fundamental del cuerpo social, experiencia de belleza de un amor fiel y fecundo, lugar de los afectos más íntimos. No hay lugar educativo más importante y decisivo, no hay mejor seguro social, no hay solidaridad más eficaz, no hay aprendizaje de los mejores valores y virtudes humanas para la convivencia social que en la familia. Sabemos incluso que la grandísima mayoría de las micro-empresas en nuestros países son empresas familiares. No obstante todas las crisis heredadas y hoy intensificadas en la vida matrimonial y familiar, las jóvenes generaciones latinoamericanas anhelan encontrar y forjar un hogar como condición de su felicidad.

Sin embargo, el papa Francisco ha advertido repetidas veces que una colonización ideológica se cierne sobre todos nuestros países, por vía cultural y legislativa, haciendo pasar por derechos humanos los que no son más que atentados contra la vida y contra la verdad y dignidad del matrimonio, contra la unidad de la familia. La difusión de la “ideología de género” es obra del demonio, según el papa Francisco. El cuidado de los niños, desde su gestación, y el de los ancianos hasta su muerte natural, definen la calidad humana de una sociedad. Atentar contra el matrimonio y la familia es atentar contra la calidad de vida de las personas, es atentar contra el presente y futuro de las naciones. Sociedades rotas por desigualdades estridentes o disgregadas en individualismos invertebrados por falta de cohesión son incapaces de emprender grandes tareas históricas.

El papa Francisco dedicó dos sesiones consecutivas de la primera Asamblea General del Sínodo mundial de Obispos convocada durante su pontificado para abordar, sin censuras, el tema de la crisis del matrimonio y la familia y para buscar los remedios más oportunos. Su resultado fue la muy importante y hermosa Exhortación apostólica post-sinodal “Amoris

Letitiae”, un himno y un camino educativo sobre la belleza y felicidad del amor verdadero.

EL ENORME DESAFÍO EDUCATIVO

La próxima asamblea del Sínodo mundial será sobre los jóvenes. En América Latina contamos todavía con un capital fundamental, que son las nuevas generaciones. “Educación, educación, educación”, que es una misión de amor, repetía el papa Francisco en uno de sus discursos, planteando esta tarea como tema fundamental para debates nacionales entre todas las instancias implicadas: las autoridades públicas, las instituciones educativas, culturales y religiosas, los gremios docentes, los padres de familia cada vez más preocupados y a menudo impotentes respecto a la educación de sus hijos; y, sobre todo, con atenta y paciente escucha de los jóvenes, cada vez más huérfanos de auténticos padres, maestros y educadores, sea que se expresen con transgresiones y protestas, con escapatorias ilusas y deletéreas, con apática indiferencia...o ,¡tantas veces!, con gran lucidez. Una laicidad positiva, y no un laicismo ideológico excluyente, incluye y aprecia toda institución de servicio público educativo, estatales o no, en el despliegue de una auténtica libertad educativa. Es suicida que la educación quede como cenicienta de las políticas y debates nacionales.

Nada puede sustituir un vasto trabajo educativo, que comienza en la familia como escuela de humanidad, pero que requiere no sólo una universalización y modernización tecnológica de la enseñanza escolarística sino también mayor calidad educativa. Mucho se ha realizado en América Latina para una alfabetización y escolarización universales, pero las deserciones en los diversos grados educativos y la caída frecuente de la calidad educativa son enormes déficits que nuestros países no pueden permitirse y que tendrán que pagar a caro precio. No basta transmitir

informaciones y datos, técnicas y habilidades, cada vez más inconexas, sin una hipótesis educativa, una hipótesis de “sentido” respecto al cultivo de las potencialidades de la persona, a su desarrollo integral, con una adecuada formación que conjugue tradición y modernidad, ciencia y sabiduría, innovaciones tecnológicas y señorío humano.

Muchas veces se pretende reducir esta necesaria reforma educativa a la incorporación de las nuevas generaciones en la sociedad de la información y en el manejo de sus instrumentos electrónicos. Es obvio que se trata de cosa necesaria y buena, pero cuando no está guiada por el crecimiento educativo de la persona en su libertad y responsabilidad, su manejo indiscriminado plantean graves desafíos como el deterioro del lenguaje y la capacidad narrativa de las personas, el ofuscamiento de los contornos entre vida pública y vida privada, entre realidad y ficción virtual, el empobrecimiento de la conciencia histórica y la calidad de los vínculos humanos y sociales. Las redes sociales están ocupando cada vez más la escena pública, sea como espacios de libertad, sea como vehículo de toda clase de opiniones arbitrarias, desahogos viscerales, insultos, violencias y degeneraciones.

Y esto es tanto más urgente y grave en cuanto no sólo estamos por lo general en una “emergencia educativa” – como lo decía el papa Ratzinger - sino en una fase de degrado en los diversos niveles de la enseñanza. Maestros y profesores mal pagados, “burocratizados” y no pocas veces ideologizados, por una parte, y estudiantes apáticos y desinteresados, por otra, marcan un círculo vicioso difícil de romper. Los hijos de los ricos van a formarse a los Estados Unidos y los de los pobres ya no ven en la educación el ascensor social que fue en el pasado. Esta “emergencia educativa” requiere respuestas políticas y culturales mucho más serias y profundas en nuestras naciones.

Hay que repetirse que no existe mejor inversión, ni mayor riqueza, ni capital más productivo para la persona y la sociedad de lo que se

desarrolla a partir de un trabajo educativo, que despierte y cultive la humanidad del hombre, que lo haga crecer en la autoconciencia de su vocación, dignidad y destino, que lo ayude a realizarse en su triple e inseparable dimensión de persona, trabajador y ciudadano. La auténtica riqueza de una comunidad son sus hombres y mujeres, la dignidad de su razón y libertad, su disponibilidad para el sacrificio en la oferta conmovida de sí mismos, su capacidad de iniciativa, de laboriosidad, de empresa, de construcción solidaria. No en vano cada vez se está valorizando más el capital humano como factor primordial en el desarrollo no sólo de las empresas sino de todas las comunidades. Lo contrario es la banalización de la conciencia y experiencia de lo humano difundida capilarmente por la sociedad del consumo y del espectáculo, censurando las preguntas más connaturales e inquietantes de la persona sobre el sentido de la vida y de toda la realidad, atrofiando sus anhelos de verdad y amor, de felicidad y justicia, que son los mejores recursos de humanidad.

LA DIGNIDAD DEL TRABAJO PARA TODOS

Un tercer pilar fundamental en la convivencia es el trabajo, en el que reside la centralidad de la cuestión social. “Cuando no se gana el pan, se pierde la dignidad”, repite el Papa Francisco. El trabajo es fundamental para la realización de la propia dignidad de la persona, para el sustento de la familia y para el desarrollo de la nación. La patria tendría que ser un banco de trabajo compartido, inclusivo, en el que todos aporten sus capacidades y reciban según sus necesidades, a la luz de la destinación común de los bienes, que es principio fundamental de la doctrina social de la Iglesia.

Sabemos que la población económicamente activa de la región está muy afectada no sólo por el desempleo que supera el 10%, sino sobre todo porque la casi mitad de los empleos se concentran en los llamados

trabajos informales, que frecuentemente son desocupación disfrazada, trabajo negro o rayan con la mendicidad. Las micro y medianas empresas, que son las que ocupan a la mayor parte de la mano de obra en América Latina, sufren altos niveles de fragilidad y vulnerabilidad, si no son sostenidas por políticas públicas adecuadas.

Por una parte, hemos entrado en una fase de muy fuerte precariedad de las condiciones de trabajo, que se expresa también como precariedad de la existencia. Así decaen mucho los derechos sociales y laborales. Se multiplican formas de explotación laboral que llegan a generar condiciones de verdadera esclavitud. Muchos sectores campesinos quedan sumidos en condiciones miserables de vida en la tenaza entre minifundios improductivos y grandes latifundios en manos de pocos. Por otra parte, “la libertad concedida a las inversiones financieras – escriben los Obispos en el documento de Aparecida, n. 69 – favorecen al capital especulativo, que no tiene incentivos para hacer inversiones productivas de largo plazo, sino que busca el lucro inmediato en los negocios con títulos públicos, monedas y derivados” . O se sirve de los “paraísos fiscales”. De tal modo no se genera trabajo. Es muy adecuada la distinción del papa Francisco, en su vista a Génova, entre los auténticos empresarios, que merecen aprecio y aliento, y los mercenarios que siguen al dios dinero.

Son oportunos e incluso necesarios los subsidios a sectores muy carenciados y necesitados de la población, requiriendo adecuadas y verificables contrapartidas, pero por sobre todo evitando que vaya perdiéndose la virtud de la laboriosidad y una difundida cultura del trabajo. En este sentido, no hay que esperarlo todo del Estado, porque se recae en mentalidades y modalidades parasitarias, asistencialistas y clientelares, ni tampoco esperarlo todo, ilusoriamente, del mercado, que se mueve sólo por criterios de utilidad y deja un tendal de excluidos. Es importante buscar las más diversas y adecuadas modalidades de sinergia

entre políticas públicas, empresas privadas, formas de auto-organización de movimientos populares y otros sectores sociales para responder a sus necesidades, junto con la valorización de todo lo que se realiza con gratuidad (desde el trabajo fundamental que se realiza en familia hasta las más diversas experiencias de voluntariado y de empresas non-profit). El objetivo del pleno empleo en toda política es sacrosanto para la doctrina social de la Iglesia.

EL COMBATE CONTRA LA VIOLENCIA

Cuarto pilar de la convivencia, a la luz de una cultura del encuentro, es el de la seguridad ciudadana, en pos de la tranquilidad en el orden. ¡Cuánto estamos lejos de conseguirla! Abundan por doquier violencias y crímenes. Y las ciudades que tendrían que ser teatro de fraternidad vivida se convierten en lugares inhóspitos e inseguros, siempre amenazados por la violencia, con muros que se alzan y rejas que se implantan por todas partes, mientras las minorías más enriquecidas se protegen con policías privadas y los más refinados sistemas electrónicos de seguridad. Hay países y ciudades en América Latina que tienen el triste record de estar entre los más violentos del mundo, en el que tienen lugar los más altos porcentajes de asesinatos en relación a la población.

Hay por doquier un clamor por mayor seguridad. Pero está muy claro que no es respuesta suficiente, aunque sea necesaria, la de una más eficaz represión. Dos cuestiones parecen estar a la base de este grave problema. Por una parte, “hasta que no se reviertan la exclusión y la inequidad dentro de una sociedad y entre los distintos pueblos – afirma el papa Francisco en la Exhortación “*Evangelii Gaudium*”, n. 59 – será imposible erradicar la violencia (...). Cuando la sociedad –local, nacional o mundial – abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan

asegurar indefinidamente la tranquilidad”. No es sólo porque la miseria y la inequidad provocan la reacción violenta, sino porque el sistema social y económico es injusto y violento en su raíz. Por otra parte, la difusión de la droga y del narcotráfico – que se ha convertido en la multinacional más rentable en América Latina - alimenta por doquier esa violencia, va corrompiendo a muchos sectores de juventud y opera como “cáncer” de descomposición social. En todo caso, la prevención requiere, ante todo, una vasta y profunda tarea educativa que no parece que se esté dando como requerida.

El arduo proceso de pacificación en Colombia – que requerirá una profunda regeneración y reconciliación de la convivencia, como lo planteó el Papa Francisco en su reciente viaje apostólico a este gran país – y la polarización extrema en Venezuela en el salto cualitativo de autoritarismo, violencia y represiones no pueden dejar de suscitar mucha preocupación en la Santa Sede y en toda América Latina.

REHABILITAR LA DIGNIDAD DE LA POLÍTICA

El quinto pilar de construcción de la convivencia es el de la política, en la búsqueda del bien común.

Son señales de esperanza las cuatro décadas que han visto la duración de procesos de democratización en casi toda América Latina, procesos muy importantes en cuanto tienden a dejar atrás tiempos de inestabilidad y "golpes de Estado", la terrible dialéctica entre violencia insurreccional y represión liberticida, la fase oscura de los regímenes militares de seguridad nacional, las prácticas aberrantes de asesinatos políticos, "desapariciones" y torturas. Se trata de una esperanza que hace falta proteger y cultivar, porque no faltan las tentaciones y experiencias autocráticas ni muchas modalidades de degeneración. “Creo que hoy uno de los deberes del católico latinoamericano – acaba de escribir el Santo

Padre – es el de fortalecer la democracia”. Necesitamos caminar hacia democracias fuertes y maduras. Ellas requieren, además de límpidas consultaciones al cuerpo electoral, el respeto de los derechos naturales y de las libertades fundamentales de las personas y de los pueblos, comenzando por el derecho a la vida y la libertad religiosa. Crecerá esta esperanza si se logra dar seria credibilidad a las instituciones del poder público, hoy muy desacreditadas por altos niveles de corrupción, si no se recae en la esclavitud de las idolatrías del poder, si no se enreda en la persistente lucha entre facciones y las obsesivas contraposiciones, acusaciones y descalificaciones, las exasperaciones tendencialmente violentas.

El agotamiento y derrumbe de la estructura tradicional de partidos políticos deja vacíos de representación, precisamente en tiempos de incorporación a la vida pública de nuevos actores sociales y de los potentes influjos de la revolución de las comunicaciones. Este descalabro de los partidos políticos abaja el nivel de los debates y miras de la política, mientras que no ayuda al recambio y formación de nuevos liderazgos y militancias. Todo deja un fuerte nivel de incertidumbre y zozobra en los horizontes inmediatos de la vida política en los países latinoamericanos.

Hay que emprender un camino hacia la refundación de democracias más maduras por una vasta inclusión y participación popular en la vida pública, movida por valores e ideales radicados y presentes en la tradición cristiana de nuestros pueblos. Sin menguar los niveles de lucha política, importa que la democracia se realice con diálogos a 360 grados – como señala siempre el papa Francisco -, en que se esté dispuesto a escuchar y proponer, a conjugar la riqueza de la diversidad en camino hacia una unidad siempre superior.

No existen verdaderos procesos de participación, crecimiento y liberación de los pueblos cuando todo se concentra en el poder del

Estado y se reducen los espacios de libertad y participación ciudadanas. Democracias fuertes requieren repensar, replantear y regular el papel del Estado, combatiendo la concentración de poderes, la hipertrofia burocrática, la pésima formación y gestión de administraciones públicas, la pretensión de sus ilusorias posibilidades de ser el actor fundamental para la felicidad de la gente. El Estado está al servicio de la persona y la sociedad, concentrado en las áreas estratégicas del orden público y del desarrollo económico y social, alentando la subsidiariedad y apoyando todo lo que eduque y difunda la solidaridad. Necesitamos Estados fuertes para implantar y realizar políticas públicas que afronten los problemas de la integración, el desarrollo, la equidad y el cuidado de la casa común. Es toda otra cosa que Estados totalitarios o dictatoriales, pero también del ultra-liberalismo concentrado en “achicar” el Estado y dejar todo el campo a lo privado.

Hay que rehabilitar “la buena política” – como dice el papa Francisco-, su “verdadero rostro”, como “servicio inestimable al bien común de la entera colectividad”. Y, para ello, se necesitan nuevas generaciones políticas, incluso un recambio de sectores dirigentes a diversos niveles de la vida pública, apasionadas por el bien del propio pueblo y especialmente por el de los sectores más desfavorecidos; nuevas generaciones políticas con el “carisma”, talante y experiencia para conectar con la sabiduría, los sufrimientos, las necesidades y esperanzas del cuerpo social. Sectores ideológicos y tecnócratas, que pretenden siempre gobernar para el pueblo sin el pueblo, llaman a esto “populismo”. Se requiere, ante todo, que no se antepongan los intereses particulares al bien común, una adecuada competencia para el gobierno de sociedades cada vez más complejas, con la capacidad de contar con un cierto juicio sobre la historia presente del propio país, latinoamericana y mundial. Se necesitan dirigentes libres de toda tendencia al autoritarismo, con la magnanimidad de quienes buscan mayor justicia y

verdad junto a la reconciliación y el perdón, capaces de suscitar una mayor implicación, movilización y participación democrática de personas, familias, cuerpos intermedios, fuerzas sociales, culturales y religiosas en la construcción de la nación. Hay que dar vuelo cultural y estratégico a una renovada proyectualidad política para América Latina. Sin la justicia como norte – escribía con mucha dureza San Agustín y lo repetía el papa Benedicto -, “¿qué serían en realidad los reinos sino bandas de ladrones, ¿y qué son las bandas de ladrones sino pequeños reinos” (La Ciudad de Dios, IV, 4).

Sabemos que la política es el arte del compromiso en el ejercicio del poder, en el que intereses e ideales están necesariamente entremezclados. Los cristianos no esperan ninguna salvación mesiánica de la política. Pero, sí, cabe esperar que la política esté toda ella en tensión hacia la búsqueda del bien común. La grandeza de la política consiste en su capacidad de representar, encauzar y alimentar grandes consensos y convergencias populares, sea nacionales que latinoamericanas, en pos de grandes objetivos de desarrollo, bien común y justicia social, de vida buena para los ciudadanos. Hay que rehabilitar la dignidad de la política. No en vano sucesivos pontífices la han calificado como una forma excelsa de caridad. No hay que tener miedo a afirmar que se requieren altas dosis de verdad y amor en la vida política, una revolución de la ternura y la solidaridad, como repite el papa Francisco.

Concluyo con algunas preguntas inquietantes e interpelantes que ha planteado recientemente el Santo Padre: “¿Qué es lo que está pasando en América Latina? ¿En qué queda el apelativo de continente de la esperanza? ¿Acaso nos resignamos a un pragmatismo de muy corto aliento en medio de la confusión? ¿Nos limitamos a maniobras de cabotaje sin rumbos ciertos? ¿Volvemos a confiar en ideologías que han demostrado fracasos económicos y devastaciones humanas? (...).

Necesitamos cultivar y debatir proyectos históricos – afirma el Papa – que apunten con realismo hacia una esperanza de vida más digna para las personas, familias y pueblos latinoamericanos. Urge poder definir y emprender – concluye – grandes objetivos nacionales y latinoamericanos, con consensos fuertes y movilizaciones populares, más allá de ambiciones e interés mundanos y lejos de maniqueísmos y exasperaciones, de aventuras peligrosas y explosiones incontrolables (...)”.

Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour
Secretario encargado de la Vice-Presidencia
Comisión Pontificia para América Latina

Vaticano, 22 de octubre de 2017